

El paradigma del Ejército,

ayer y hoy

LAS grandes instituciones de la antigua Cristiandad poseían un paradigma o modelo humano al que sus miembros, de cerca o de lejos, trataban de imitar y por referencia al cual se valoraban hombres y conductas.

Ese paradigma era para el antiguo Ejército la figura del *caballero*. El caballero cristiano y español. El oficio propio de la nobleza era el ejercicio de las armas, la dedicación militar. Para ella se educaban desde la infancia y en ella, a menudo, dejaban la vida. El Ejército era, básicamente, un ejército nobiliario, por más que cualquiera pudiera enrolarse en él para alcanzar honra y provecho. El oficio de las armas tenía su culminación en las órdenes militares de Caballería, cuyos miembros se ponían al servicio de la Cristiandad en la defensa de la Cruz, que era su enseña.

El prototipo del caballero cristiano fue cantado en las canciones de gesta y, entre otros poetas, por Jorge Manrique, en las Coplas a la muerte de su padre.

*Aquel de buenos abrigo,
amado por virtuoso
de la gente,
el maestro don Rodrigo
Manrique, tanto famoso
e tan valiente*

Es el mismo tipo humano que inspiró a El Greco en sus caballeros, el que inmortalizó Velázquez en la figura central del cuadro de «Las lanzas», el marqués Spínola.

Hasta hoy nos ha llegado esa imagen caballerosa y cristiana del militar en la letra del himno de Infantería que todavía entonan los jóvenes cadetes:

*Ardor guerrero vibra en nuestras voces
y de amor patrio henchido el corazón,
entonemos el himno sacrosanto
del Deber, de la Patria y del Honor*

*Canción que brota de almas que son
tuyas,
de labios que han besado tu bandera,
de pechos que esperaron anhelantes
besar la Cruz aquella
que formaba la enseña de la Patria
y el arma con que habrían de defenderla*

Si ese fue el paradigma del Ejército de la Cristiandad, ¿cuál es el que propone la democracia laicista y, en especial, el socialismo?

Nadie puede dudarlo: ese paradigma o modelo para el Ejército

es, para la democracia, el Cuerpo de Bomberos. Esto es: un servicio público para acudir a ciertas eventualidades que requieren un tratamiento de fuerza. Para ello, y al modo como el dignísimo Cuerpo de Bomberos requiere un adiestramiento en el uso de las bombas de agua, las mangueras, las escalas, etcétera, el Ejército lo necesitará en el uso de las armas y en la táctica de combate.

El Servicio de Bomberos no tiene una bandera ni una moral superior a la meramente laboral; tampoco una exigencia de dar la vida en sus empresas, por más que puedan acaecer, como en todo oficio, accidentes de trabajo. Los bomberos no juran bandera ni desfilan, ni usan su uniforme mas que en las faenas de su oficio.

Tal es la imagen democrática y socialista del Ejército, que trata de eliminar en la profesión militar los conceptos *arcaicos* y *alienadores* del Deber, de la Patria y del Honor: un Ejército puramente profesional y técnico, neutro en sí mismo y pluralista en sus miembros.

La transformación del esquema se realiza a nuestra vista. La mayoría de los muchachos que hoy cuentan quince años no han visto jamás un desfile o los honores a la Bandera, ni han oído un himno o una marcha militar. Si por la prensa o la TV oyen hablar del Ejército es para denigrarlo como origen de «golpismo» y de «dictaduras», o como reclutador de un enojoso servicio al que se puede oponer legítimamente una «objeción de conciencia». Difícilmente podrá nacer en ellos una vocación militar que no sea puramente mercenaria.

Los socialistas odian al Ejército histórico porque es el símbolo de la identidad y la autodefensa de la Patria, y ellos son apátridas e internacionalistas. Como aborrecen a la familia y a su interna jerarquía. De aquí que los ministros fuertes e intransigentes sean hoy los de Defensa, Educación y Justicia, que se reparten la labor de aniquilar al Ejército y a la familia. Odian también a la verdadera Iglesia de Cristo, pero, por desgracia, la Iglesia hoy visible y actuante no es ya un obstáculo para ellos.

Rafael GAMBRA

